



Durante un día, cientos de niños experimentarán en sus propias carnes el ideal del olimpismo

([DANI BORES GARCÍA](#) , 13/04/2011) Hace más de un siglo, exactamente en el año 1896, el Barón **Pierre de Coubertin** daba el pistoletazo de salida a los Juegos Olímpicos Modernos. Aquél hombre de la nobleza, experto en sociología y pedagogía, tenía la profunda convicción de que el deporte tenía mucho que decir en el desarrollo y perfeccionamiento del individuo y de las sociedades.

Y es que, a diferencia de lo que tristemente muchas veces vemos, el deporte puede ser utilizado para fines loables. De forma inherente el deporte no es ni bueno ni malo. La bondad o maldad del mismo dependerá de su utilización. El espíritu del olimpismo sitúa el deporte en el lado del desarrollo de la persona, de la difusión de valores fundamentales. La Carta Olímpica, que funciona a modo de carta magna deportiva, expresa en tres de sus principios esta realidad:

“1-El Olimpismo es una filosofía de vida, que exalta y combina en un conjunto armónico las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu. Al asociar el deporte con la cultura y la formación, el Olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales

2-El objetivo del Olimpismo es poner siempre el deporte al servicio del desarrollo armónico del hombre, con el fin de favorecer el establecimiento de una sociedad pacífica y comprometida con el mantenimiento de la dignidad humana

4-La práctica deportiva es un derecho humano. Toda persona debe tener la posibilidad de practicar deporte sin discriminación de ningún tipo, y dentro del espíritu olímpico, que exige comprensión mutua, espíritu de solidaridad y fair play.”

La ideología de los Juegos Olímpicos, más de cien años después, intenta mantenerse inmutable, a pesar de los continuos vaivenes a los que se ve sometida por los medios de comunicación deportivo-sensacionalistas, por algunos deportistas que en realidad son mercenarios con buenas cualidades físicas y por una abrumadora masa de espectadores que se han encargado de situar el espectáculo deportivo dentro del cajón de-sastre denominado vulgarmente “Telebasura”.

El **próximo sábado 7 de Mayo** tendrá lugar la [XIII Olimpiada Evangélica de Madrid](#) (iniciativa de la Agrupación Deportiva Evangélica), en la que cientos de niños pertenecientes a decenas de iglesias de la región medirán sus fuerzas sobre las pistas de la Instalación Deportiva de Moratalaz. El mismísimo Barón de Coubertin estaría orgulloso al leer el decálogo del deportista de la ADE:

1. Amaré el deporte siempre porque desarrollo por él cuantos gérmenes de belleza y perfección Dios ha puesto en mí
2. No proferiré palabras destempladas y soeces
3. Aprenderé por el deporte la fortaleza, la constancia, la disciplina y la lealtad
4. Honraré y profesaré una verdadera estima a mi cuerpo, pues es templo de Dios
5. No convertiré el deporte en espada para herir y molestar al equipo contrario
6. El deporte no ha de servirme para ser superficial y atraer la admiración del público, sino para comprender mejor mis limitaciones de criatura

7. No intentaré sobresalir individualmente en el juego, esto llevaría al fracaso a mi equipo

8. Cuando no pueda ganar, nunca perderé la paz y la serenidad ante el equipo vencedor. Saber perder también “es cosa de mayores”

9. Nunca envidiaré que los demás sean mejores deportistas que yo. Lo agradeceré a Dios como un don de mi hermano

10. Evitaré jugar sucio

“Lo más importante del deporte no es ganar, sino participar, porque lo esencial en la vida no es el éxito, sino esforzarse por conseguirlo” (Barón Pierre de Coubertin, 1863-1937)

Autor: [Daniel Bores García](#)

{loadposition bores}